

Hace unas semanas recibí un correo electrónico de una estudiante a quien yo enseñé a principios de los ochentas en mi curso de literatura medieval. Ella continuó sus estudios, hizo un doctorado en literatura en inglés, y ahora enseña a nivel universitario. Mi único contacto con ella fue como maestro de su clase. En su correo electrónico ella escribió que en el tiempo cuando ella asistía mi clase, era una cristiana que había dejado de practicar. «Años después de su clase», escribió, «cuando mis hijos tenían seis y tres años, un colega comentó que nuestros estudiantes y otros jóvenes estaban <huérfanos espirituales> sin ninguna clamor a una herencia espiritual. Esta observación entró en mi corazón, y fui a casa y comencé a leer el evangelio de san Mateo». Ese es nuestro Evangelio de hoy.

Ella siguió diciendo sobre lo que hizo para desarrollar su fe y, luego, en sus palabras, «La Pascua pasada, me senté junto mi hija y vi a través de lágrimas, la alegría pura en sus ojos cuando recibió el Cuerpo de Cristo por primera vez. Verdaderamente creo que su clase y su enseñanza fueron el instrumento que el Espíritu usó para acercarme a sí mismo, aun si llevó muchos años y muchos otros encuentros para llegar a buen término».

Las lecturas de hoy nos ayudan a reconocer los dones que se nos han dado y la responsabilidad que tenemos para darles a los demás. La primera lectura es de la segunda de las tres secciones del profeta Isaías. Esta sección central se refiere a menudo como el Libro del consuelo. Vengan por agua, ustedes que tienen sed. Vengan, coman ustedes que tienen hambre. Nuestras mayores alegrías y nuestras mayores bendiciones nos son dados libremente. Pero tenemos que venir y beber; tenemos que venir y comer. La segunda lectura, de la carta de San Pablo a los romanos, nos dice que nadie ni nada puede tomar esta Fuente de Vida de nosotros. «¿Qué cosa podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo? . . . ¿Las Angustias? ¿La persecución? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada?» Nada ni nadie nos puede quitar a Cristo. Él es la fuente de todo bien, y él es el todopoderoso. Ningún otro poder puede separarnos de él. Sólo nosotros podemos separar a nosotros mismos si lo ignoramos o lo descuidamos o incluso lo rechazamos.

Estamos llamados como cristianos a venir y comer, venir y beber. Se nos dice para protegernos contra esas fuerzas dentro de nosotros y alrededor de nosotros que tratan de destruir la presencia de nuestro Señor. Por lo tanto, venimos y comemos; venimos y bebemos, y entonces se nos dice, «Mis dones no son para ustedes solos.» ¿Les dieron a ustedes cuenta lo que dijo Jesús? «Denles ustedes de comer». Hay personas que tienen hambre y sed. Dales lo que tienes para beber y comer. Es aquí que nos damos cuenta que nuestra responsabilidad de permanecer unidos al Señor tiene una dimensión más profunda que nuestras propias necesidades. Necesitamos estar unidos al Señor a causa de nuestra responsabilidad para la vida espiritual de otros, especialmente para la vida espiritual de nuestros hijos. ¿Son nuestro hijos huérfanos espirituales sin ningún clamor a una herencia espiritual? Ellos serán huérfanos espirituales si no les enseñamos.

El Papa Benedicto XVI (dieciséis) habló sobre esto el Día Mundial de la Juventud en 2008 (dos mil y ocho). Dirigiéndose a medio millón de jóvenes en Sydney, Australia, él dijo, «En muchas de nuestras sociedades, junto con la prosperidad material, hay un desierto espiritual que está extendiendo: un vacío interior, un miedo sin nombre, una tranquila sensación de desesperación. ¿Cuántos de nuestros contemporáneos han construido pozos rotos y vacíos en una búsqueda desesperada de sentido. . . ?

Me sorprendió oír de una estudiante con quien interactué dentro de una clase de la universidad hace casi treinta años. Yo no tenía ni idea que ella incluso me recordara. ¿Qué estoy diciendo a ustedes? No todos somos maestros profesionales, pero todos nosotros podemos enseñar a nuestros hijos. Nosotros padres somos los principales maestros de nuestros hijos. Tenemos que venir y comer, venir y beber, y enseñar a nuestros hijos la fuente de todo lo que es bueno y asegurarles que nadie ni nada es suficientemente potente para separarles de la Fuente de Vida—nuestro Señor Jesucristo.